

Soy una hija del Proyecto Nacional de Etnografía

María del Carmen Castillo Cisneros*

Llegar a la oficina del Centro INAH Oaxaca desde la terminal de autobuses de ADO es una de las tareas más sencillas: a lo mucho toma cinco minutos caminando. A Denise¹ y a mí nos tomó más de 40 y lo hicimos en taxi. El doctor Miguel Bartolomé, pipa de tabaco en mano, nos esperaba, y en cuestión de minutos, envueltas en una bocanada con olor a cereza, nos introdujo al extenso mundo de la etnografía oaxaqueña. Fue entonces cuando nos entregó su libro *Gente de costumbre y gente de razón* (Bartolomé, 1997), enfatizando en la lectura que debíamos hacer del capítulo dos. Nunca, hasta ahora que lo escribo, había reparado en la clara iniciación de la que formamos parte aquella mañana del 17 septiembre de 2001, a unos pocos días de sucedido en Nueva York el 11-S.

Mi pequeño mundo también empezaba a cambiar. Haría trabajo de campo en Oaxaca para el proyecto nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio: el estado con mayor diversidad cultural en México y el cual, pasada una docena de años, me tiene cada día más enraizada. Entonces, bajo la guía de la doctora Alicia Barabas y el doctor Miguel Bartolomé, ahora ya maestros, colegas y amigos, me incorporé al proyecto donde, además de descubrir mi vocación como etnógrafa, me involucré desde diferentes ángulos a lo largo de varios años.

Entre 2001 y 2002, cuando era estudiante de la licenciatura de antropología cultural en la UDLA-Puebla, colaboré con estancias de campo en diferentes lugares del estado para la línea de “Relaciones interétnicas”. Este fue mi primer acercamiento, recorriendo las principales cabeceras de distrito, que me permitió tener un panorama bastante amplio de las diversas dinámicas culturales de Oaxaca. Visité Mitla, Tlacolula, Pochutla, Pinotepa Nacional, Tuxtepec, Ojitlán, Miahuatlán, Juchitán, Matías Romero, Putla, Juxtlahuaca, Huajuapam de León y Zacatepec mixe. En ese periplo recorrí siete de las ocho regiones del estado de Oaxaca: valles centrales, costa, sierra sur, sierra norte, istmo, Papaloapan y Mixteca. Así, armadas con cartas de presentación muy formales que debíamos entregar a las autoridades municipales al llegar a nuestros destinos, la guía de investigación que al cabo de varias repeticiones nos habíamos aprendido, el sobre amarillo con los viáticos –del que aún recuerdo el olor–, la libreta, la cámara fotográfica –de las de rollo–, una copia de *The Town of the Souls* de Elsie Parsons y otros objetos personales, Denise y yo llegamos a nuestra primera parada: Mitla.

Una vez instaladas en una pensión del pueblo y tras platicar con dos o tres personajes de la villa, nos percatamos de que nuestra interacción había tenido mucho de diálogo y participación, pero no tanto de observación. Y como el método etnográfico reza que todo antropólogo debe hacer observación participante, decidimos tomarnos unos minutos para observar. La sensación de estar sentadas en medio de la plaza, mirando el acontecer del pueblo, fue muy reveladora. Entendimos que aquella técnica etnográfica que distingue a nuestra disciplina iba “junto con pegado”, ya que al

* Centro INAH Oaxaca (payime@hotmail.com).

¹ A lo largo de mi participación en el proyecto, compartí trabajo, tiempo, amistad y muchas experiencias con Denise Lechner, Nallely Moreno, Daniel Oliveras, Lidia Manrique, Ana Cecilia Núñez, Benjamín Maldonado y Patricia Rodríguez. Gracias a todos por lo vivido.

observar, participábamos, y al participar, también observábamos. Nos levantamos de la banca y, riendo a carcajadas, nos fuimos a cenar. Sin saberlo, esa noche cada una perfilaba su propio método, haciendo las primeras anotaciones oaxaqueñas a la luz de un foco asediado por gallinitas ciegas.

Luego vino Tlacolula, con visitas al panteón y tremendas cantidades de pan que una señora que vivía cruzando la vía del tren nos hacía llegar. Después Pinotepa, donde tras un buen rato descubrimos que, cuando la gente hablaba de “los Baños”, se refería a un apellido y no a instalaciones sanitarias. Una noche desperté con los párpados hinchados por el piquete de un bicho costeño que nunca hallamos. Allí también nos aventuramos a visitar Corralero, guiadas por la nieta de Tencha, una vendedora del mercado. Seguimos el camino, costeando hasta Pochutla, y un simpático *muxe* nos auxilió al darnos santo y seña del lugar. Esa primera experiencia, ese primer recorrido, quedó bien grabado en mi memoria; tanto así, que llegar a él implica menos rebobinado que el ahora necesario para recordar eventos más recientes.

Al volver a Oaxaca, Alicia y Miguel nos recibieron gustosos y nosotras, extasiadas, les contamos que Pochutla era un lugar parecido al paraíso. Ambos sonrieron, comprendiendo que nos encontrábamos en aquella primera fase que, como todo, dura poco y que, cuando termina, cómo se echa de menos: el enamoramiento. En efecto, estábamos enamoradas de lo vivido: todo era belleza, armonía y felicidad. Con el atasco del coche en la entrada al pueblo mixe, Ayutla nos recibió en plena festividad de muertos y con lodo hasta las rodillas para dar inicio a nuestra segunda temporada. Ahora incursionábamos en tierras serranas. A esto lo siguió la Mixteca, con sus suelos áridos y sol quemante; el istmo, con los vientos desenfrenados que alzan las faldas de las *tecas* en febrero, y la zona del Papaloapan, con sus lluvias bochornosas al comenzar junio, temporada con la que también finalicé la parte que restaba de mi servicio social.

Durante ese año, temporada tras temporada, me fui formando como antropóloga bajo la tutela de los dos grandes maestros arriba mencionados, quienes nos coordinaban con paciencia, resolvían nuestras dudas y siempre estaban allí cual dos firmes columnas a las que uno no puede dejar de admirar. Al mismo tiempo me fui familiarizando con el Centro INAH Oaxaca. Terminé las materias en la universidad y a finales de 2002 mis pasos etnográficos me llevaron a vivir en comunidades de la etnia tacuate por espacio de un año, mientras hacía la investigación para mi tesis de licenciatura.

Por medio del proyecto de etnografía obtuve una beca para tesis del Conacyt, y el documento final formó parte de las producciones monográficas que se promovían. Durante ese año la línea de investigación sobre alternativas religiosas, coordinada por la doctora Alicia Barabas, me permitió profundizar en la región Mixteca y, viviendo en territorio tacuate, llegué a sentirme casi parienta de 8 Venado Garra de Jaguar.

Al finalizar la investigación de mi tesis me mudé a la ciudad de Oaxaca para comenzar una nueva etapa, también en el proyecto, ahora como investigadora asociada del Centro INAH Oaxaca. Nallely, Lidia, Daniel y después Denise se incorporaron de la misma manera, todos como tesisistas bajo la dirección de Alicia. Mientras tanto, Miguel dirigió mi tesis. Formamos un gran equipo. Viniéron más líneas de investigación y a cada uno se nos designó una región, no sin dejar de compartir algunas salidas. En una ocasión, a Nallely y a mí se nos encomendó la zona chatina para estudiar la migración; en otra, ambas fuimos con Miguel Bartolomé a explorar la zona cuicateca. Recuerdo bien el viaje en la camioneta de Miguel, de cuyo espejo retrovisor colgaban unas plumas amazónicas siempre verdes. Acababa de leer su libro *Librar el camino* (Bartolomé, 2002), en el cual relata sus experiencias antropológicas en suelos argentinos, paraguayos y mexicanos en ensayos que maridan la etnografía con la biografía personal. Leí el libro de Miguel de una sentada, porque él me sentenció:

–No te lo firmo hasta que lo leas –y además porque me atrapó desde el primer momento.

En el camino a Cuicatlán, escenas de ese libro nos fueron narradas de primera mano y yo, que lo conocía a detalle, fui presa de esa emoción cuasi infantil donde no importa el número de veces que has escuchado el cuento ni que lo sepas de memoria: siempre quieres que te lo repitan una y otra vez. Las plumas verdes bailaban al compás de la voz del relator.

En otra ocasión Alicia y Miguel nos alcanzaron a Daniel y a mí en Mitlatongo mientras hacíamos trabajo de campo para la línea de “Prácticas rituales”. Tenerlos con nosotros, tomar descansos en la palapa de Cleofas y vivir la experiencia de campo en grupo, que después se trasladó a la redacción de un ensayo con varios autores, fue una experiencia nueva y enriquecedora que también tuvimos en el proyecto. Otro producto de nuestro trabajo fue el documental que realizamos junto con Natalia Gabayet y Emilio Cantón, en el que se registró una de las ceremonias rituales más importantes de aquella comunidad: *Viko lavi*, el baile del viento y de la lluvia.



Zapotecos, Guelatao, Oaxaca, 1953 **Fotografía** © Walter Reuter

Conforme las líneas de investigación avanzaban, cada uno de los que conformábamos el equipo de Oaxaca fuimos definiendo intereses. En 2006 tuvimos la oportunidad de compartir con la sociedad oaxaqueña una exposición fotográfica con más de un centenar de imágenes producto de nuestro trabajo etnográfico en las distintas regiones de estudio. Vinieron después las maestrías, la participación en publicaciones, congresos, seminarios y un gran número de puertas que, gracias a la formación que obtuvimos, se fueron abriendo a cada uno de nosotros en el mundo académico.

Un sinfín de aprendizajes, caminos recorridos, seminarios conjuntos, publicaciones, reuniones memorables en Taxco, lideradas por la maestra Gloria Artís, donde convivimos con los demás equipos que realizaban la misma tarea etnográfica en distintas latitudes de nuestro país y que son ahora los colegas con quienes nos relacionamos, publicamos y compartimos la labor antropológica. Son algunos de los grandes beneficios que este proyecto ha traído a nuestro entorno profesional.

Todo este conjunto de experiencias, acompañadas de grandes maestros de la antropología en México, fueron a lo largo de más de 10 años los cimientos que sustentan mi carrera antropológica. Y justamente este año, al celebrarse los 15 años del proyecto, mi propio quehacer da un giro al incorporarme como profesora-investigadora de tiempo completo en el Centro INAH Oaxaca.

Por todo esto y más, sin lugar a dudas soy una hija del proyecto nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Soy aquella chica que, con 21 años de edad, llegó al estado de Oaxaca para abrirse paso como antropóloga y vivir de eso.

El olor a tabaco y la calcomanía de ANTHROPOLOGY IS FOR LOVERS que adorna la puerta de la oficina de Alicia Barabas y Miguel Bartolomé siguen allí, intactos como el día en que llegué y que llegaron todos los compañeros que han pasado por este lugar. Vendrá el día en que algún estudiante despistado llegue a la ciudad de Oaxaca y, por no conocer la ciudad, demore otra vez 40 minutos o más buscando llegar al Centro INAH, el lugar que guarda mis primeras y mis más recientes notas de campo.

No sé si la letra verde de madera que descansa en mi escritorio o la caja de té detrás de mí llamen la atención del despistado, o cuáles mecanismos nos acompañen en la iniciación; lo que sí sé es que, probablemente, en ese momento la cadena de formación que el proyecto nacional engarzó a lo largo de estos 15 años añadirá un eslabón más a las filas de la historia de la etnografía en México. Y la familia seguirá creciendo.

Bibliografía

- Bartolomé, Miguel Alberto, *Librar el camino: relatos sobre antropología y alteridad*, México, INAH-Conaculta, 2002.
 ———, *Gente de costumbre y gente de razón. Las identidades étnicas en México*, México, Siglo XXI, 1997.